

## LA TRAGEDIA DEL MONTE PELADO

La invocación que hace de la Virgen de Pompeya en una de sus cartas parece resultar un presagio. Vincenzo tiene 20 años y está en Martinica por esta misma época, cuando ocurre la erupción del volcán Mont Pelée que afecta la población de Saint Pierre. Allí mueren el tío di Domenico, y su hijo mayor Cicillo. Vincenzo se salva porque está en Fort de France con el hijo menor del tío, Peppino di Domenico, quien vendría a trabajar con las empresas de cine en Colombia años después, pero durante algún tiempo Francesco ignora la suerte de su hermano y lo imagina fallecido con los otros familiares.

La tragedia le inspira graves reflexiones: “Estulto es el hombre que se estima feliz sobre este mundo, porque según mis pocos conocimientos creo que ningún rey, ningún millonario puede estimarse feliz. ¡De qué valen los millones, la dignidad, el poder, cuando existe una mano más poderosa que todo lo hace perder! Hablo de la muerte, la más grande y potente colosa que existe sobre la tierra, la más bárbara y al mismo tiempo la más justa que haya pues no excluye a ninguno. He ahí a mi tío, de qué le valieron los trabajos de tantos años, de qué le sirvió aquella larga residencia en Saint Pierre, sacrificándose y privándose de su querida familia. ¡De nada! Yo, querida María, quedé como loco desde que supe la fatal noticia. [...] Perderse bajo las cenizas incandescentes del Pelado, dos gigantes, porque eran iguales padre e hijo unidos en el sudor de tantos años [...] He nacido en este mundo para no gozar jamás, mi oscura suerte no me permite colmar de felicidad mi juventud”.

Estados Unidos compra en 1902 la quebrada compañía del Canal de Panamá, y a los pocos meses, en 1903, Panamá se separa de Colombia luego de la negativa del congreso colombiano al tratado Herrán-Hay que suponía la terminación del canal en nuestro territorio por parte del gobierno norteamericano.

Está en su apogeo el cine de feria, cuya fascinación se había extendido por el mundo después de su exhibición en la Exposición Universal de París de 1900. Acompaña al *music hall*, a la mujer barbuda y al primer vuelo de los hermanos Wright, aunque en 1902 ya se inaugura en Los Angeles el “Electric Theater”, la primera sala regular de cine.

Son los tiempos del francés Méliès, quien filma con maquetas en miniatura *La erupción del Monte Pelado* (o *La catástrofe de Martinica*); de *El gran robo al tren* de Porter, primer “western” que se hizo famoso en los *nickelodeon* o pequeñas salas de exhibición estables que se multiplicaban por todas partes en Norteamérica; del “ponemos el mundo ante sus ojos” de los inicios de los noticieros; de la “guerra de patentes” de Edison contra Williamson, Paul, Pathé, Gaumont y demás fabricantes de maquinaria y de películas que surgían en Inglaterra, en Francia, en Alemania y en otros países, incluida Italia, donde Filoteo Alberini tuvo también su invento pionero; del transformista italiano Leopoldo Fregoli, quien filma su acto de imitaciones y personificaciones, típico del teatro de variedades de entonces, y rebautiza el cinematógrafo como “fregológrafo”; de los comienzos de la especialización entre la industria de producción de películas, el mercadeo mayorista de los distribuidores y los exhibidores minoristas. En fin, la infancia tumultuosa del cine.



*La luna a un metro*, Georges Méliès, 1898. Sus “films à trucs” (viajes a la luna, a los polos, al centro de la tierra) fueron cruciales en la primera etapa del cine (FPFC).